

INTRODUZIONE I

PLMNY

¿qué tipo? ¿qué manera de tenerse en el aire y de jugar conmigo...
 en que se asoció y vino a casa de Anadol...
 bilito. Una cosa es tener un poco de personalidad y otra ser dos o tres personas...
 distintas allí al caso, que es la impresión que da él. Y el yo, que concierne...
 de todas las calores y temperamentos, lo había mandado ya al diablo...
 cada con las otras cosas de la oficina, que se tienen en la medida de mi experiencia...
 ¿Seguramente lo caso hubiera terminado con alguna calcomina roja.

Soy resulta difícil, pero no porque haya nacido así. El hombre. Es para tíctico.
 Ahora que, como tático, difícil que haya otro tipo que espere la otra... aunque se
 le ocurriría. Al tipo le ha ido bien - por lo menos conmigo - porque tiene un grado.
 Pero jamás se hizo hablar... hasta que me hizo pasar como una loca, con tanto y tanto
 tan otras que vinieron después!

La tática... El donji cuando uno la explica así, en Cría, parece todavía más fog
 tático. La tática se compone de dos partes. "En contario al mundo" dice él para un
 pasar. "Des perfectas deconstruções entre a uma casa dando se de um flauto, se lan-
 sam uma sola mirada y una e dos horas después están en una casa, chillarando de jugar
 como unos esquilones. ¿Cómo se perdieron? ¿E que conversaciones en la sala de la piedra
 palimentada?"

"¿Palimentada? Se es qué habrá querido decir con eso. Pero ¿de qué cuenta del jug
 guito? Hacoras el romántico, el puro. ¿qué famoso? Parante, sí. Un hombre que
 piensa así no le dice nunca a veces que sea con un fin determinado: no quiere de ver-
 glosas cosas. Por eso yo, que no tengo pelo de tonta, me ahí enseñado que era una
 tática. ¿Se va a casar a mí?

La segunda parte te recuerda la primera. El dice que el amor lo parece grande sólo
 por que el hombre y la mujer están igualmente notidos. Pero en el 80 % de los casos
 uno quiere y el otro se deja querer. El estojón nunca es notido. Por eso, dice él,
 se le pasado la mayor parte de su vida a pelo solo. ¿Se dan cuenta? ¿qué caradura!
 "Prácticamente soy un hombre virgen" me dijo la segunda vez que nos vimos. Caradura.

¡Si todavía lo habrías dejado un inglés! En este bonito Imperio los brujos siguen siendo brujos hasta los 20. Bruxa es twice las veces: el de la virginidad primero. ¡Pero un uruguayo ¿qué manera de tomarse p'el churrasco! Ah, pero ya lo entendió: no hay que contentarse a alguien que seamos porcas así: "No lo digas mucho por así ni quería que las mujeres te dejen tranquilo. ¿Nos te imaginó qué testudón para una mujer, poder violar a un tipo de 25 años? Ejemplarosa como vos no se encuentran todos los días".

Se rió como un loco, pero no sé si río la indirecta. Porque era una indirecta. Con eso le quisó decir que sé muy bien con qué brujos era. El tipo se lo tiene todo enterado: lo que hace y lo que dice. Debe parecer hacer cosas raras, porque todo lo hace natural, como si pasaría realmente así o como si ciertas cosas ciertas serían hereditarias. Serían...o fueran ¿cómo se diría? Siempre él se corrige con palabras tiempo de vagar. No tiene marcada y ya sé sé lo que digo.

¿De qué hablabas? Ah, sí, de sus gestos! Por ejemplo el gesto de andar por la calle con el mango curvo del bastón colgado del hombro derecho, como quien marchara rifle al hombro. No se puede negar que ese gesto lo queda bien: un gesto de príncipe ruso al que se lo harían un pito de todo. Pero nadie me va a convencer de que lo sé así sin enseñarle estos días y días. Lo mismo que esas chicas de Vassar que se pisan semanas enteras aprendiendo a andar con cuatro libros grandes y pesados encima de la cabeza.

No todo lo que dice es tan "cheking" como ese del andar y la cama (esta es la técnica extrema, la jugada en que arriega hasta la omisa para hacerse el interesante). El todo lo que hace es tan elegante como lo del bastón. Va siempre vestido de punto en blanco, con cuello almidonado, que ya casi nadie lleva. Pero si uno se fija, verá que nunca le faltan dos o tres manchas en la solapa y la parte de adelante del saco. Después de hacer a fuerza de ahogarlos en agua caliente. Pero una mancha y pasó te salta a la superficie como un sol de tiza. Te hizo la prueba los otros días. Y no sé por qué. El es desconfiado y desconfiado, pero como los hombres en general y cada día.

Las manchas son otra cosa. Las manchas - un doctore para un tipo tan "cheking" - se

deben a que no agacha el cogote ante nada. En serio. Se lo agacha mismo, ni en la r
sa, donde sigue tan colado para atrás como en la silla. Así, del plato a la boca, l
ceja a la salsa que acompaña un pedacito de tisona que recorrer medio metro a toda v
locidad cuando él las toma. ¿Cómo de lo van a sacar mercedes casadas! Besa con los lab
voluntario sentirse príncipe. Si se mantienen tan bien como Guy al comer, los prí
ncipes de verdad tendrán unas cuantas bárbaras de gloriosa todas las semanas.

Al principio, los párrafos en cadena que no dije no me hicieron buen efecto. En e
plano, desde que nos vinimos de Buenos Aires, cere. Lo único que me afide - y esto
desde hace unas pocas - son los silbidos que los GIs lanzan cuando pase por la cas
Fero elástico, una tras otra, ligero... merca. Y cuando se acortó tantó de un golpe
me dio rabia, como si un francés se hubiera dado un pellizco en una nalga para des
tirar lo hombre que es. Nunca recordaba igual que yo el olgic exagerado la rev.
Desde inglesas y no hay vuelta que darle.

Me pasó de mejor humor cuando me empezé a decir otras cosas, las cosas raras
de lo ocurren y son tan de él. Por ejemplos "Eres la única mujer sin boca en tod
dres". Ya se extraña que, siendo uruguayo, diga "eres" en vez de "ese". Pero en d
todos tomamos nuestros defectos. Uno de los más marcados de Guy es el de proten
lo confundan con uno de esos filósofos españoles que tienen dos apellidos unidos e
una y. Si no, no hablaría así, como quien está todo el tiempo en una silla.

Ante lo de "mujer sin boca" le dije "Explicación", haciéndome la tonta para vol
hablaba por hablar, por el efecto de más. "El collar de 'roago' que usas. Te deja
boca a medio terminar, como un dibujo merca". Justo. Soy probablemente la única
en en Londres que usa un lápiz mujer ojalason. Las otras, acerca raticos todos. Te
quiere que se no vean los ojos, que los ojos dominen. La boca no tiene muy buena c
sa. Por ahora le mujer que puede hacer con ella es dejarla descansar. Después... d
pueda ya veremos qué hago con ella prof

La cuarta o quinta vez que nos vimos él volvió a la carga con el tema del amor y
la cosa. Había en una reunión dos parejas en pleno casote que... parejas casadas! "¿P
re qué tiene esta gente control?" me preguntó de repente con la mayor calma. "¿Dónde

me dejan la conquista? ¿Y el flirt? " El tipo está loco. Con todo lo que ha pasado desde 1939 ¿quién va a perder tiempo en conquistas y flirts? No sé con qué cara lo habré mirado: el caso es que se quedó callado un rato. Yo pensé: "¿No lo habrán dicho algo Roberto o Freddy o alguien del grupito?" Porque lo que les estaba pasando allí a esas dos parejas me había pasado a mí más de tres veces y más de cuatro: la calentura repentina y, en cuanto se deshace la reunión, la cama. Es divino. La lástima que no dura, pero tampoco duramos mucho nosotros. Estamos en guerra: cualquiera se puede morir de un momento a otro. ¿Vamos a portarnos como personajes de Jane Austín? El tipo está loco.

Y como loco que está - o que es: el verbo se lo dejo a él que lo decida - dijo de repente con una de sus sonrisas de Mefistófeles: "Pienso en los millones de mujeres sin usar que prenderían velas a dos o tres santos por tener en Sudamérica una guerra así. La revolución sexual: más todavía que en la guerra del 14. Todo el mundo hace lo que se le antoja. A nadie le importa nada de nada. ¡Es fantástico!"

Huy, qué tipo. ¡Qué tipo! ¡Como si yo me fuera a tragar eso de que le importa la felicidad de las sudamericanas!

"No son las únicas sin usar, no creas". Esta otra indirecta se la mandé enchufando mi "sexy voice", mirándolo con esas miradas que no dejan duda posible y pestañeando todo el tiempo. "Pestañuda" me llamó él desde un principio; esto sí me gustó. Me gustó porque es verdad. Le estoy agradecida a la Naturaleza por ese mojón de pestañas rizadas y espesas que tengo. Una verdadera bendición para mis ojos verdes. Pero no saqué nada hablándole con esa voz mimosa que culebrea, que incita. O que debía incitar. Las miradas que me echaba él eran miradas de amigo, de hermano. Y eso que yo le había dicho antes que no tenía ningún boy friend: que el último - un piloto de la RAF - había muerto hacía tres meses.

"Te has recuperado pronto" comentó.

"Era un 'boy friend', nada más. ¿Qué querés? ¿Que ande con crestones?"

Ni aún abriéndole esa puerta reaccionó este bicho raro. Volví a sentir rabia. Y atacándolo de frente decidí hacerle descubrir su jueguito. Maniobra que tuvo buen resultado, porque habló. El tipo habló. Habla siempre, claro, pero muchas veces de bu-

yes perdidos. Esta vez lo obligué a ir al grano.

"¿Quién va a negar la importancia del goco sexual?" Esta fue una de las primeras cosas que dijo, como un profesor que hablara - ¿o que hablaría? - en la cátedra.

"¿Pero quién va a decir al mismo tiempo que el goco sexual lo es todo? No somos animales: somos hombres y mujeres ¿no?" Parecía el Gran Lama hablando. ¡Ah, esa expresión de obispo que tiene! ¡Cómo engaña: tan poca gente ve el saco de nervios que es! Y después dijo: "No podemos ponernos en el mismo plano de los animales. Y además ¿quién quiere hacerlo? Un animal solamente. A un animal lo funciona la visita al prostíbulo: unos minutos de ludir y ya está". "¿Ludir?" pregunté. A mí que me registren: otra vez uno de esos terminachos suyos que nadie ha oído nunca.

"Ludir, sí; fregar, frotarse contra una mujer: una descarga. Si se la tiene con una prostituta, la tranquilidad dura un poco. Pero si no, en cuanto se acaba la cosa salen a relucir los celos, las desconfianzas, las dudas del hombre. Y si es un encuentro de una noche, que sería lo ideal, no hay entre los dos ajuste psicopático! O psicológico, no sé cómo dijo. En esas cosas que empiezan con "psico" yo patino siempre.

"Y no habiendo ajuste, todo sale mal" siguió Guy. "Cada uno quiere mostrarse más ardiente, o más seductor - o más seducido de lo que es". Me pareco que enseguida se corrigió: "O lo que está". ¡Qué tipo para los verbos! Y después dijo "Hablo teóricamente" y se quedó callado, cosa que lo debe haber ocurrido dos o tres veces en su vida.

"¿Cómo teóricamente? ¿Cómo teóricamente?" le saltó yo encima. "¿Me seguís tomando el pelo? Para hablar como vos hay que tener experiencia, y mucha. Decime un poco, aunque haya celos, y falte el ajuste, y la gente se mienta, hacer el amor ¿no es una cosa maravillosa de todos modos?"

"Sí lo es; pero sólo cuando hay amor, o por lo menos, un poco de amor" me retrucó. Y dale con la musiquita. ¡Amor!

"¿Ah, sí?" le dije para hacerlo rabiar un poco. "Yo creí que basta^{ba} con gustarse. Pero si me equivoco, explicame por qué la gente le llama a eso "hacer el amor".

Volvió a reírse ruidosamente, como se ríe la gente en Inglaterra. Por lo menos en eso aquí no llama la atención.

"Sí, se le llama "hacer el amor", pero de ahí a que lo sea..."

"Me temo que en ese momento lo es" le retruqué yo. "No dura; ahí está lo malo. Pero mientras dura, ahí está lo bueno, no me vas a decir que no".

"Hay opiniones" contestó. "Con una chica bonita como tú no se deben discutir estas cosas."

"Hay que hacerlas ¿no?" Más claro, echame ~~le~~ agua. Pero el tipo no se dio por aludido. Lo único que hizo fue apretarme un poco la mano.

Annie vino a llevarnos al "buffet". Yo arrinconé a Luis y le pedí sin más vueltas que nos invitara con ella a cenar tres o cuatro días después. Yo sabía en que términos andaban Luis y Annie, y sabía que en algún momento me iban a dejar a solas con Guy.

Eso era lo que necesitaba: estar en un cuarto con él a solas. En la cancha se ven los pingos, amigo. Ya veríamos si la táctica era táctica o qué. A lo mejor él era uno de esos tipos que odian a las mujeres. ¿Cómo los llaman? ¿Anacoretas? ¿Eremitas?/No, miso... miso y algo. ¡Huy! Con él me tengo que andar con un cuidado bárbaro cada vez que que empleo uno de estos "pálabros", como les llama una gribaltareña de la oficina.

La cena de Luis estuvo estupenda. Dos días antes había llegado carne Buenos Aires para de/la Embajada y nos sirvió unos bifés a la parrilla enormes. Pero en vez de disfrutar del suyo, Guy dejó la mitad. Era un contradiós dejar que tiraran esa carne y yo me la comí sin ganas. Aun sin ganas y todo, ¡qué rica, qué rica estaba! Hay que saber sacrificarse; después de todo estamos en guerra.

Después de los ^{postres} postres, Annie y Luis se fueron a un rincón mientras traían el café. A besarse, claro. Un postre extra. Y Guy habló. Habló y metió la pata hasta el cuadril.

"No creas que esto va en son de crítica, pero ya ya no puedo soportar esta abundancia. (En son de crítica, no ¡qué esperanza! Como es...)

dría decir cuatro palabras seguidas sin hacer alguna crítica de algo).
"Sé que en Londres las embajadas tienen, no sólo el derecho, sino el deber de aprovechar de sus franquicias" dijo también. "A la gente de Londres que tiene las responsabilidades más gordas le ofrecen de cuando en cuando un buen rato, una buena cena con buenas cosas. De acuerdo: todos los necesitan para seguir aguantando lo que tienen que aguantar. ¡Pero si se piensa en lo poco que hay por ahí! La ración semanal de carne; un redondel grande como cuatro dedos de la mano, no más; un huevo "con cáscara" al mes; papas hervidas, repolitos de Bruselas hervidos, liebre que sabe peor que gato, y todo tan horrorosamente hecho. Es demasiado contraste, demasiado".

"¿Y qué podemos hacer?" Yo decidí no mostrarle la tirria que me daba el que se sintiera tan superior. "Es la eterna historia de los ricos y los pobres ¿no? Más de un rico ayudará a los pobres: pero no sé de ninguno que se quite la comida de la boca para dársela".

"Algún caso ha habido por ahí. Siempre en situaciones extremas, claro. Son las únicas que hacen despertar al hombre" dijo Guy. "En la casa de Cranley Gardens el que recibe un paquete de alimentos - hombre rico por media hora - comparte enseguida con los demás todo lo que le han mandado".

"¡Qué gracia! Eso se hace aquí en todas partes. Nosotros, en casa, también; pero es distinto" le contesté.

"Y mi escrúpulo, idiota ¿no? Pues no. En estas pocas semanas he comido con Vds. tantos jamones y tantos pavos y tomado tanto "champagné" que la comida empieza a atragantármese. Como ese bife de la cena. Creo que por un tiempo voy a dejar de venir a estas reuniones".

"Ah, pues yo me temo que no. Con todo lo que respetan el racionamiento, los ingleses no harían eso. Hay que vivir, y si se puede, vivir bien. Sin robar a los otros, pero bien".

"Sin robarlos, desde luego;" dijo él "pero también pensando un poco más en ellos".

"¿Y qué consigo yo privándome de estas cenas?" le retruqué. "¡Si por privarme ^{yo}/los demás comerían mejor!"

"No es eso. Es por el privilegio. Nadie tiene verdaderamente derecho al privilegio^M. Algo empiezo a aprender aquí en esta Inglaterra".

"No creas que sos el único. Pero aprender esa lección ha costado mucho fuego, mucha sangre" le dije, repitiendo una frase de Daddy. (¿Qué se habrá creído el tipo: que sólo él siente, que sólo él ve las cosas?)

Vino el café, que era del Brasil y riquísimo, y con él el cognac. Al cognac él no le hizo ascos. Muy común en la gente de principios; se privan de todo, menos de lo que verdaderamente les gusta.

Annie habló un poco de sus sueños. Uno de ellos es alquilar una caballeriza transformada en apartamento. A eso nosotras le ~~llamamos~~ ^{llamamos} "mews", como se llama en realidad; pero esa noche Guy insistió en que nos dejáramos de "fracturar" el español y le dijéramos caballeriza. La idea de vivir en una caballeriza ~~ofendió a Annie. Luis se rió muchísimo.~~ ofendió a Annie. Luis se rió muchísimo.

"¿Por qué te ponés así?" le dijo. "Eso es lo que fueron en un tiempo, caballerizas ¿no? Y esta moda de vivir en ellas es como un símbolo de lo que le ha pasado a Inglaterra. Todas las casas de este barrio (Luis vive en South Kensington, como Guy) son casas hechas para héroes de guerras imperiales. Esta es la última; la última guerra imperial que pelea Inglaterra; pero por ganarla lo está perdiendo todo^M. La ganará, y los héroes volverán de la batalla. Y si tienen dos o tres mil libras en el banco, podrán darse el lujo de comprarse una caballeriza. La única forma de independencia que les queda. Y no está nada mal. El resto de todas estas mansiones se ha dividido en apartamentos para héroes y no héroes, como nosotros. Vos vas a estar en la categoría heroica, Annie Heroica y elegante. Y eso no te lo va a quitar ni siquiera Delatour con su... creo que dijo con su "purismo", pero es un término que yo no hubiera usado. A lo mejor dijo puritanismo, no sé. Buen tipo, Luis. Prudente para eso es diplomático. Y generoso: para eso es porteño."

Unos minutos después, él y Annie volvieron a dejarnos solos. Esta vez oí la llave de la puerta del dormitorio hacer "clic". "¡Qué suerte tienen algunas!" pensé. Guy me miró como si me leyera el pensamiento, me llevó a un sofá y me besó. Y me besó y me besó. Parecía que no iba a concluir nunca; me hacía acordar a esos arrendamientos de una casa por 999 años que anuncian los diarios. "¡Qué lata, tener que vivir tanto para cumplir el contrato!" dijo Guy una vez que vimos uno de esos anuncios.

Pero el beso se había quedado en los labios. Tuve que darle un pellizcón en un muslo para que con la sorpresa abriera la boca y yo pudiera meter un poco allí mi lengua curiosa. "En el amor, como en la guerra, todos los recursos son buenos" (esto no se lo diré nunca en español; enseguidita me corregiría la traducción). ¡Ay, qué vida! ¡Cuánto tiempo pierde la gente con la literatura, el arte y la música, todas esas cosas que son tan poco reales pero que a él le hacen poner cara de éxtasis! Yo sé cuál es el único éxtasis que vale la pena. Por suerte, tengo 24 años y estoy en Londres. Esta es una encrucijada. Por aquí pasan muchachos de todas las nacionalidades dispuestos a meterse de cabeza en la primera aventura que les salga al paso. Gran sitio. Gran momento "Count your blessings", como dice Daddy.

La reacción de Guy (¿qué curioso, no?) me hizo pensar en alguien que aprende a hacer el amor por correspondencia. En cuanto veía una luz verde en alguna parte se acordaba de la lección No. 4 o de la No. 6 - me figuré yo - y se la largaba a uno completita, con todos los detalles. A uno, sí; a uno; ¡qué cuerno! El no está aquí. Si estuviera, me diría "Abajo ese argentinismo; una mujer es una. ¡Qué tipo más pedante! Lo peor es que siempre tiene razón".

Los otros días conocí a Win, uno de sus amigos de infancia, que ha venido a Cambridge a estudiar inseminación artificial. Tipos raros los uruguayos ¿no? Le pregunté si Guy siempre había sido tan secante con la

cuestión del idioma y me dijo que no, que nunca lo había oído atreverse a corregir a nadie. Me quedé pensando si esto no lo hacía a propósito para molestarme y para que yo lo dejara en paz. No me extrañaría. Pero si era así, estaba bien arreglado.

¿De qué hablaba antes? ¡Ah, sí, de mi lengua curiosa! En silencio la lengua de Guy no era tan maestra como hablando, pero la lección se la tenía bien aprendidita. ¡Pobres hombres, tan torpes que son en general! ¡Cuánto mejor estamos nosotras! En cuanto nos hacemos mujeres y la idea del amor nos agarra por dentro, encontramos el programa completo ya grabado en el corazón. O en la cabeza ¡qué sé yo!; pero está ahí.

Mientras él me besaba me dieron unas ganas locas de reirme. ¿Por qué se tomará la gente el amor tan a la tremenda? Pero no me reí: esperé el próximo paso. A ver si eso no es tener control; a ver si eso no es ser una persona madura. Y este tipo - aunque cariñosamente, espero - todavía me llama "burrita". Las injusticias de este mundo.

Estábamos en un diván. La mujer que sirvió la cena se había retirado y Luis y Annie seguían en el dormitorio. Tanto beso - yo no niego que era regio, regio, y sentirlo sentir al tipo era casi mejor que sentirlo hablar - no podía conducir más que a una cosa. Pero esa cosa la arruiné yo dejándole a él la iniciativa. ¡Qué le vamos a hacer! Me criaron en Buenos Aires; hay ideas que le maten a uno de chiquito en la cabeza y que a la larga se vuelven instintos. De nada sirve que estemos prácticamente en 1943, casi en la segunda mitad del siglo, y casi tan "adelantados" como en la época de los romanos de Cristo, como dice Daddy. Para muchas cosas es lo mismo que si viviéramos en tiempos de Maricastaña, como decía abuelita.

Entre beso y beso Guy me dijo que si quería seguir viéndolo tendríamos que comer por ahí lo que come todo el mundo. ¡Dios bendito! Esos faisanes del restaurant de Claridge's que tienen gusto a piolín hervido (como dice él; sólo que él le llama "verdequilla", como los españoles!

Esos arroces indios de Veraswaamy's en que el "curry" parece queso rallado con un poco de laurel, y los langostinos, unos ravioles a medio cocer. Los "manjares" que aquí toma todo el mundo porque no tiene más remedio. ¡En fin! Y después de la cena, al cine o al teatro, que me en cantan. Y a tomar un "drink": mejor todavía. ¿Y...?

El otro "y" era la gran incógnita. Ahí, en casa de Luis, después de la maratón de besos, fue la primera vez que estuve por mandarlo al diablo. Me empezaban a doler los riñones^{es} de la excitación. ¿Quién aguanta una calentura de una hora, vamos a ver?

Pero antes de que quedáramos en algo concreto, reaparecieron los tópicos. En el amor a Annie le gusta el ritmo galopante de los hombres. Y como está muy bien entrenada para seguirlos, esa vez me reventó. Antes de que yo pudiera pensar en algo ya estábamos los dos en un "taxi" rumbo a Edgware Road. Peor que peor: Guy, que vive a dos pasos del apartamento de Luis - como creo que dije ya - se quedó a tomar un último "cognac" con el dueño de casa.

En el taxi solté todas las malas palabras que sabía. Annie se divirtió mucho escuchándolas y me prometió enseñarme un repertorio más presentable, más moderno: acababa de tener tres meses de amores con un capitán de la Fuerza Aérea Norteamericana. Pero me juró una cosa: no llamar a Guy por teléfono, Nunca. Pasara lo que pasara. ¡Qué llamaría él si se le antojaba!

Lo hizo a los dos días. Me pidió perdón: en esos dos días le habían salido tres transmisiones que hacer. Probable. El sabía que yo vivo con Mummy y Daddy. Sabía también que esa semana le tocaba a Annie el turno de noche en la censura. Y me preguntó, muy suelto de cuerpo, si Annie no nos prestaría su apartamento. "No sé" contesté yo, muy seca. "Hemos dejado a medias una cosa" dijo él "y ni tú ni yo podemos sentirnos contentos. ¿No te importa si no estoy loco perdido por tí? ¿Te basta con que me gustes? Porque me gustas mucho, pestañuda ¿sabes?"

Un "sabés" habría sido más sincero y me habría cambiado el talante. Pero en fin, hay que tomar a la gente como es. O como se hace. Esa tarde Guy tenía la voz alegre: una voz que anunciaba un buen rato. Me propuso un encuentro para dos días después y yo le dije que ya veríamos. Siempre conviene hacerse un poco la interesante.

Al día siguiente volvió a llamarme a la oficina. "Esta noche: tiene que ser esta noche. Si consigues permiso de Annie, llámame a casa a las seis." Yo lo habría podido arreglar enseguidita, pero no quise. A las cuatro aflojé. Muchos uniformes iban y venían cada minuto. Yo, como cualquier hija de vecino, podía pasar una noche con cualquiera de ellos; una noche nada más. Pero la función única está bien si la obra es de Shakespeare y uno vive en una aldea de mineros donde la compañía ya no vuelve en el resto de la guerra. Ahora que... no estamos en una aldea ¿no? y tampoco ninguno de esos muchachos es una obra de Shakespeare.

¡Uy, la jefa! ¡Qué miradas nos echa! Se continuará, chicas.

••

¿Guy? ¡Uy, es cierto que quedamos en un momento culminante! Si Mrs. Mollet no se enferma, el tiempo pasa tan pronto que se me olvidarían muchos detalles. ¿Se acuerdan de aquella comparación que les hice de la aldea de mineros y la función de Shakespeare? Bueno, con Guy yo tengo una función permanente y variada. Es un tipo interesante, distinto, jodido a veces, pero interesante. Me da rabia tener que reconocerlo, pero no tengo más remedio. Tan imponente cuando entra en un sitio, tanto aire de majestad. Y tan pocos aires que se da, eso es lo curioso. Porque el empaque es de la espina dorsal, como dice él, pero no lo tiene en la azotea, como digo yo. La gente lo juzga por la pinta, y lo juzga mal. Al principio yo también lo hice; yo, que no tengo un pelo de zonza. Pero "uno", "uno", se equivoca; todos nos podemos equivocar ¿no?

Annie, por supuesto, nos prestó el apartamento. El trajo una botella de "gin" que dejó después en la casa. Very decent of him. Yo hice un

"gin and It", y tuve que explicarle que "It" era "Italian vermouth". ¡A un tipo que se sabe por lo menos diez monólogos de Shakespeare de memoria! Las cosas de todos los días que Guy no sabe en inglés podrían formar un diccionario gordísimo.

La semana pasada, por ejemplo, nos encontramos por casualidad en Marble Arch. El iba al correo a echar una carta para su casa. Lástima que no me tocó censurarla; yo creo que no hay mejor manera de conocer a la gente que leer su correspondencia privada. Lo malo es que me estoy acostumbrando a hacerlo y que va a acabar por gustarme; una cosa tan poco inglesa, tan poco correcta. ¡Pero qué fascinadora!

"Could I send this letter to Uruguay, recommended, please?" le dijo él a la señora que lo atendió, muy paqueta y oronda ella.

Estoy segura de que la mujer sabía francés y entendió perfectamente lo que Guy quería decir con la palabra "recommended". Pero, sería y cincuentona como era, creo que decidió divertirse un poco con él. No a costa de él, pero con él, en un juego a sabiendas. Bueno, esto no es muy común en una empleada de correos típica, pero desde que van a poner a hacer servicio nacional a las mujeres de cincuenta años, ya se puede esperar cualquier cosa, hasta que la atiende a uno en el correo la Duquesa de Devonshire. Y ahora que tenemos bombardeos otra vez, peor: la gente empieza a hacer cosas un poco raras. Por eso yo no me metí en el juego, ni le expliqué nada a Guy.

"Lo siento, señor. Yo no puedo recomendar esto a menos que conozca su contenido" le dijo la mujer con una sonrisa que parecía perfectamente inocente.

"¿Cómo?" El quedó perplejo. "¿Lo tiene que leer Vd.? La censura sí, pero una funcionaria de correos, ¿por qué?"

"Señor, ¿recomendaría Vd. a un escritor que no hubiera leído?" preguntó ella, ahora con una risa franca. El comprendió. Y corrió de una ventanilla a otra, a ver lo que decía cada letrero. A la tercera se volvió. Había encontrado la palabra precisa.

"Certified, please" y los dos rieron juntos. Eso me gustó de él. ¿Cuándo pienso en los porteños! ¿Cómo se habría puesto cualquiera de ellos al pensar que les estaban tomando el pelo! ¿Con la poca gracia que les hacen Londres y los ingleses!

Lo más inesperado que tiene el tipo - y lo mejor - es su buen carácter. Y su sinceridad. Porque, maldita sea, no se puede ser más sincero. En todo lo que no sea su "táctica" claro. Pero esa vez me temo que llevó su táctica demasiado lejos. Imagínense Vds. que mientras tomábamos mi "gin and it" se me acerca y me pregunta:

"Hablando en serio, Penny, ¿qué dirías tú si llegado el momento...?"

Perdón; así no me llaman en casa. El sobrenombre me lo puso él, y será mejor que lo explique. Siempre le estoy pidiendo peniques para ir al "ladies": "You have a penny, dear? Please". Se lo pido en todas partes: en un Lyon's Corner House, en el cine, en Hyde Park. No sé por qué, nunca llevo "pennies" en la cartera. El sabe bien lo que quiere decir ese penique que yo necesito y qué puerta ~~se~~ abre echándolo en una ranura. Cometí la tontería de explicárselo la primera vez. Ahora me mira con una sonrisa sobradora y me ^{da} el penique. La sonrisa es lo mismo que si me llamara... ¡Ji, ji, ji, ji! ¿Lo digo? No, porque ~~es~~ no es la palabra que usaría él. ¡Bah! Lo voy a decir de todos modos: "Meona". Con la mirada me dice "Meona", aunque con la boca diga "Penny".

"Hablando en serio..." repitió. Y aquí se volvió a parar. Una pausa larga. "Bueno... ¿qué dirías si, llegado el momento, verías que casi no tengo experiencia de hacer el amor...?" Yo solté la carcajada. Otra vez el mismo jueguito. Por un momento una idea incómoda me cruzó la cabeza.

¿No tendría caprichos, gustos raros? Cuando hay imaginación, no funciona nunca para una sola cosa. Está ahí para todo. Es el peligro de los hombres interesantes: son tan interesantes que acaban con uno. ¡Qué le vachachá! Hasta ser "animal", como llama él a la gente "sexy", tiene sus riesgos. Pero yo seguí haciéndome la burra.

"¡Ah! ¿Porque la otra vez que me dijiste algo parecido, no era en serio?"

"No del todo".

"¿No del todo serio... o no del todo virgen?". El chiste se me escapó, no lo puede remediar. Pero tuvo buen efecto. Con la risa se le desarrugó el entrecejo. Volví a llenar los vasos y nos tomamos el segundo "gin and It" de una sentada. Qué calorcito estupendo por dentro. El me empezaba a subir la mano por la pierna y yo me hice la que no me daba cuenta. "No te preocupes. Podemos ir descubriendo cosas juntos. Yo tampoco sé mucho de esto" (ahí mentí como una verdadera bellaca, que Dios me perdone).

Pronto vi por qué se disculpaba así de antemano. No sabía desnudar a una mujer. No he visto a un hombre más torpe con los dedos. Me descosió un ganchito y me hizo saltar un botón que todavía estoy por encontrar. Mismo teniendo en cuenta las nerviosidades de la primera vez, el balance era catastrófico. Pero es lo único que no sabía hacer: en todo lo demás resultó una fiera. No sé cómo escribiré, pero para el amor es un artista de no te muevas. O mejor dicho, de movete como si estuvieras bailando una rumba. El dice que eso se llama "reconcomio". ¡Las cosas con que sale!

Me besó todo el cuerpo, de punta a punta. Rincones que yo no había sentido nunca vivos, que ni pensaba que pudieran/^{ser} tan sensibles. Me enloqueció. Me decía cosas todo el tiempo: "Hebe escanciadora" (en el diccionario que yo tengo no dice ni pío sobre este personaje), "burríta divina", "asesina del condicional", "gata, gata pestañuda". "Te voy a

matar de placer": y gritaba, como jactándose de una gran virtud: "¡Es cierto que era casi virgen!" ¡Qué caradura; esto en el momento en que se estaba mandando la "performance" de su vida!

Mientras él seguía dale que te dale con lo de la virginidad, yo vi que estúpida había sido pensando, como pensé hasta ese momento, que yo no tenía nada que aprender. ¡Nada que aprender! ¡Sí, sí, sí!, cómo no! Excepto que la combinación de caricia e insulto es la cosa más excitante que le puede pasar a una mujer con el temperamento mío. ¡Quién lo iba a decir! Caricia e insulto. Cosa de degenerados. How do you like that! Pero supongo que en un momento u otro de nuestra vida lo somos todos ¿no?

Caricia e insulto. Esa sí que era táctica. ¿Dónde la habrá aprendido el "virgen" este? Cuando se lo pregunté mientras salíamos a la calle se rió y me dijo: "Mi única táctica consiste en decirte la verdad". En tonces ¿qué pasa? ¿El tipo me odia? Si esos insultos eran la verdad, el fondo debe odiarme. Y si me odia ¿cómo me puede hacer el amor así? No; lo que hace es pura táctica, cosa que no confesaré nunca, ni con un revólver al pecho.

Cuando por fin entró en mí, me morí de gozo. Sí, me morí, literalmente... o literariamente. ¿Cómo se dirá? Parece que me morí más de lo que quería... y más pronto. Pero menos de lo que dice él. De todos modos, algo pasó. Al despertarme lo vi ya de calzoncillo puesto. Había hecho más martinis y estaba tomándose uno tan fresco.

Dice que al principio lo asustaron mi silencio y mi sueño profundo, pero que cuando empecé a hablar se tranquilizó. "¿A hablar? ¿Cómo? ¿Cuándo" le pregunté. "En el sueño. Caíste, por lo visto, en un trance hipnótico". Un trance. La idea me pareció horrible. Me reí para hacerle ver que no lo creía. "¿Yo sonámbula? Sonámbula, y él... él haciéndose el plato de sonsacarme mis secretos sin que me diera cuenta. ¡No, no! ¿De qué hablaba, a ver? "¡Bah! Nada para preocuparse. Imágenes que de-

9
bes tener muy metidas dentro!" me dijo.

No, tenía que ser una mentira suya. Pero en esta se le había ido la mano. Todo lo demás había sido distinto, excitante, estupendo. ¡Qué importaba si era o no resultado de una táctica! Pero decirme sonámbula era decirme que tengo los nervios mal y que cuando llega el momento culminante soy lo mismo que una de esas vírgenes recalentadas que nunca han hecho el amor. ¡Recalentada, su abuela! ¡No! Todas las tácticas que quiera, menos la de tocarlo así a uno el amor propio.

En ese mismo momento no le dije nada, pero mientras me servía el martini, le pregunté:

"¿Y qué imágenes tengo dentro, qué imágenes? Vamos a ver".

"El caballo. El caballo, ¡Mira qué blanco es!" dije. "Y los árboles se mueven. ¡Los árboles se mueven! Esas imágenes". Solté la carcajada. El dijo: "Esos árboles se estuvieron moviendo tanto rato que tuve tiempo de hacer el martini y hasta de ponerte un paño frío en la frente". Era verdad. El pañuelo mojado estaba sobre un platito en la mesa de luz.

"¿Nada más? ¿No dijo nada más?" "No" me respondió besándome. "No, pesada. Pero eso es bastante. Un psicoanalista te diría que estás enamorada de tu padre; el caballo es la imagen del padre. Pero para mí eso es tan cierto como el misterio de la Santísima Trinidad o como que en tu palma esta es la línea de la vida. ¿Por qué? ¿Por qué el caballo es el padre, invariablemente, como una ley?" "¿Y los árboles?" le pregunté. "Pech." y se rió. "Debes estar obsesionada con "Macbeth" dirían los psicoanalistas. "Complejo de culpa criminal" o alguna cosa ligerita así. Los únicos árboles que sé que se mueven son los de la selva de Dunsinane ¿recuerdas? Soldados camuflados con ramas. Pero yo, que no soy psicoanalista gracias a Dios, diría que es algo más sencillo, algo que has visto hace poco y te ha impresionado. Ahora los soldados se ponen ramas de árboles en los cascos de metal. ¿No habrás visto, yendo al campo, algunos listos para un ejercicio militar?" "No creo," ^{de dije} "Debe ser otra cosa. Para mí los "árboles se mueven" quiere decir más bien que el vien

to agita las ramas. En la casa nuestra de San Isidro los sauces se movían todo el tiempo con el viento del río".

Así quedó la cosa. Yo me habría pasado con él en esa cama toda esa noche y todo el día siguiente. Pero hubo que lavarse, peinarse, pintarse para ir a la oficina. Esperé que llegara la tarde, nerviosa, agitada, mirando el reloj o mirándome en el espejo. No creo que haya leído más de cinco cartas. Estaba todo el tiempo reviviendo cada beso, cada palabra. Cuando nos volvimos a ver el tipo había cambiado la táctica: me tenía abrazado a él y me decía cosas tiernas, nombres locos; mi vademécum del amor (¿qué corne será eso?); mi muñeca de plástico; mi penique y seis chelines, mi conejillo de Indias y, con mucha frecuencia, mi Josefina. De pie, era Penny; pero en la cama, de ahí en adelante, fui Josefina.

No le pedí explicaciones. Todos mentimos. Y si se dice una mentira para hacer feliz a una mujer, esa mentira es sagrada. Porque si alguien nace para ser feliz en este mundo, ese alguien somos nosotros, ^{lo} nosotras. ¿Cómo de diró? El tipo ya me tiene envenenada. (Bueno, digo.) Los hombres son unos egoístas de marca mayor. Nosotras somos las madres, y en consecuencia, sagradas ¿no?

Mientras me decía nombres locos, Guy me hacía caricias a veces suavísimas y cosquillas con las yemas de los dedos. Ese hormigueo acababa en un escalofrío loco en toda la médula espinal. Me volvió tan loca como le primera vez. Pero entre una y otra caricia suave, había palmadas fuertes. Hijo de puta. Con todo lo flaco que está, el tipo tiene una fuerza bárbara en las manos.

Un par de veces me cubrió. "Como me des otra torta de estas, te voy a dejar la cara marcada con las uñas". Pero los dos jadeábamos tanto que no sé si me oyó. Al llegar el momento culminante me dio una nalgada brutal. Tenía razón. El goce fue muchísimo más fuerte así. Pero automáti-

camente levanté la mano para descargarle una bofetada... y no sé lo que pasó. Abrí los ojos y lo vi completamente vestido.

Era la segunda vez que nos acostábamos. La segunda que yo perdía el conocimiento. Tenía que reconocerlo. Si no, lo habría visto levantarse, lavarse, ponerse la camisa, calzarse. "¿Y? ¿Qué pasó esta vez, hablé?" le pregunté sonriendo para hacerle ver la poca importancia que le daba al asunto. "Sí, penique. Me dijiste como treinta veces seguidas que era vanidoso, vanidoso, vanidoso, pagado de mí mismo". Rió sin darse por ofendido. Y después tiene el tupé de hablar de complejo de inferioridad. Caradura. "Como estabas dormida, te contesté. Y aquí viene lo interesante del caso: desde el fondo de tí misma, en ese sueño profundo, me viste y empezaste a dialogar conmigo". A LA gran flauta. Esto empezaba a complicarse. "Siempre con la misma voz de borracha y con esas consonantes tan graciosas que me hacen pensar en una ensaimada mojada en el café con leche". ¿Graciosas? Maldita la gracia que no hizo a mí la comparación. "Pero te equivocas. No soy engreído, no; vanidoso tampoco. Es una actitud para no mostrar mi miedo de la gente. Tú serviste machacando: "¿Actitud? ¡Ja, ja, ja! "You're vain through and through; utterly, completely vain". Menos mal que agregaste; "Pero me gustás y me hacés feliz".

(El agregado sería de él. ¡Ni dormida le haré ver nunca a un tipo que estoy locuita por él! Es entregarse atada de pies y manos a la voluntad ajena). Me reí ¿qué iba a hacer? ¿Mostrarle que estaba preocupada? Nunca. En el sueño a lo mejor le decía otras verdades más. Cosa que a la gente nunca le viene mal.

Guy me dijo: "Eso no era todo". Y me abracó también esta frase; "Nunca me gustó la mentira; pero vos mentís y yo te lo acepto. ¿Qué te parece?"

"En tren de inventar cosas, podías hacerme decir algo más sensacional" le contesté.

"Desde luego. Pero esto es la verdad, Tu "otro yo" lo ha dicho, monita. Como buena mujer, te obsesiona la mentira. Y me la achacas como táctica. Pero no; mi táctica es decir la verdad todas las veces que puedo. ¿Cómo, en qué tono, con qué palabras quieres que te lo repita?"

"Go on with you!" le grité riendo.

"Y te lo puedo demostrar" dijo él. "Te puedo hacer dar un papelito en uno de los programas de radioteatro en español. Nos podemos quedar en Aidenham después de la grabación. Yo creo que puedo convencer a Dave - un ingeniero amigo, gran tipo - de que cuando el estudio quede a oscuras deje la máquina grabadora andando y el micrófono abierto" (puro cuento, pura invención de él; en tiempo de guerra eso es imposible, todo está controlado minuto a minuto) "Nos podemos esconder en un estudio chiquito que hay dentro de otro, para grabar charlas. Vamos a hacer el amor ahí. Un micrófono recogerá todo lo que decimos, que será puro teatro... hasta que tú te quedos dormida. A la hora de comer no pasa nadie por ahí; nadie oirá nada". (Y dale con la fantasía esa). "Lo interesante es grabar lo que dices dormida y lo que yo te contesto. Conque David venga antes de las once - la hora de la inspección de los locales - y saque el disco, no habrá ningún peligro".

"Sería fabuloso. Pero vos no te vas a atrever".

"Probablemente no. A menos que me sigas fregando por la nariz toda esa historia de las mentiras y las tácticas".

Después de eso, no discutí más. Esa semana nos vimos otra vez en lo de Annie. Después empecé a ir al cuarto de Guy en Cranley Gardens. ¡Qué silencio, mamma mia! A las cinco de la tarde no se atreve allí ni a volar una mosca. Me esperaba con unos "tés" fabulosos, con cakes que conseguía en no sé qué sitio de Earl's Court, y se gastaba toda su ración de manteca y queso - un Cheddar picantísimo, riquísimo - en los sandwiches que nos hacía la landlady de la casa.

Me compraba reproducciones de Botticelli en la Medici Gallery; el pg

bre no debe saber que aquí están tan requetevistas como el autorretrato de Van Gogh en los cuartos de los undergraduates de Cambridge. Tenía siempre pink gin a mano, porque sabe lo que me gusta, y a veces un nosegay precioso que le hacen con flores del campo y pensamientos en una florería de Regent Street. ¡Cómo le llaman en Buenos Aires a estos ramos redondos, chatos, de flores apretadas y bordeadas de encaje de papel? ¡Ah! "bouquets" románticos. ¡Qué cursis!

Después salíamos a tomar algo por ahí; si no llovía, andando hasta el sótano del bar del Ritz. Un buen tirón; pero, ¡la pucha! yo no acababa de entrar en calor. Otras veces nos dábamos cita allí. Un día que llegué tarde me lo encontré en el momento en que recibía un billete y un martini de parte de un oficial inglés. Lo leyó y me lo pasó diciendo: "La cortesía de la gente de este país realmente no tiene límites. Mira".

Yo lo leí de una sola ojeada; "Pienso lo triste que debe ser sentirse extranjero y estar solo. Si Vd. lo está verdaderamente, espero que venga a tomarse esa copa conmigo. L." Ref. "Lo que no tiene límites es la inocencia de algunos sudamericanos, pese a lo vivos que se creen todos" le dije, tomando la copa, buscando con la mirada al oficial y levantándola a su salud, cosa que, como me imaginé, le hizo apretar los labios en un gesto de rabia.

Desde entonces ya no le di citas en los bares, sino en la calle. En la calle, con el frío y la gana de estar en casa antes de las siete, todos corren y nadie mira a nadie. Allí Guy no corría tanto peligro de que se tirara un lance con él algún oficial de esos. ¡Qué frío! ¡Pa...jarito! ¡Qué invierno más interminable! ¡Yo que quería tanto que el sol saliera una tarde un par de horas para poder tirarnos luego en el césped de Hyde Park! No pude mostrar nuestra felicidad a los pibes y a los patos del laguito y de la Serpentine, los únicos en Londres que se interesan por la felicidad ajena.

Todos estos meses el sol, brillando por su ausencia, le ha hecho el juego al Führer, y nosotros hemos ido de teatro en "pub" y de "Lyon's Corner House" en "Lyon's Corner House". Yo siempre petrificada de frío, pese al saco de astrakán de mamá. Me dicen mis amigas: "¿Por qué no andás de pantalones, como tantas?" ¡Qué graciosas! Si a los veinticinco años uno no muestra las piernas ¿a qué edad lo va a hacer? ¡Yo qué culpa tengo de que haga^m las medias de nylon como una tela de cebolla? La humedad helada de Londres se le mete a uno por los muslos y le llega hasta el ombligo. Brr. Y la culpa es de Luis, que siempre me está regalando nylons traídos de los Estados Unidos.

Pero cuando veo a las ATS y a las WRENS con las medias de algodón del uniforme, pienso que mi sacrificio está justificado. Mostrar unas buenas piernas es, después de todo, un deber de guerra. "Para levantar la moral" dice Guy con una guiñada digna de Max Miller. Con su manera de tenerme el paraguas y ayudarme a ponerme el tápado, con los peniques para el "ladies" - ahora no espera ya que se los pida y apenas digo "Perdón" para levantarme me los extiende con una sonrisa; con las puertas de los taxis que me abre, con la rapidez de elástico con que se levanta del asiento cuando me ve venir, con los cumplidos que me dice cuando me pongo cualquier porquería distinta - un camafeo de la vieja, un prendedor de oro que compré la semana pasada en Kensington High St., una blusa bordada que me prestó Ennie las otras noches; con todas esas atenciones Guy parece el último sobreviviente de una época muerta, el último edwardiano joven. Los muchachos ya no hacen ninguna de esas cosas. Estoy segura que después de esta guerra ni uno solo de estos pelotudos que engañan tanto con el uniforme y parecen tan gente se levantará cuando una mujer se acerque a su mesa. Se acabaron los "gentlemen".

"De eso son las mujeres las que tienen la culpa" dice Guy. "Vds. siempre lo han querido todo la chancha y los veinte. Le quitan a uno el puesto o el ascenso de un muslazo y les parece lo más natural; pero si uno no se saca el sombrero al entrar en un ascensor, se ofenden. Tras de cuernos, palos. Y aunque ganen más que uno, siempre esperan que el hombre lo pague todo: taxis, teatros, cigarrillos, "restaurants", copas y caprichitos femeninos. El nuevo compañero de pieza, el nuevo rival del hombre, está muy orgulloso de esa posición, pero insiste en seguir siendo su mantenida. Como dice un amigo de Montevideo: "Paganini (el que paga) es el único músico que atrae de verdad a las mujeres".

Yo me mordí la lengua antes de contestarle. Con otros muchachos siempre he pagado todo fifty-fifty, que es lo que se hace en Inglaterra. Pero con él ¡qué sé yo! no se puede. Parece como si tendría la mano siempre metida en el bolsillo y el billete blanco de cinco libras siempre doblado entre los dedos. Es un gesto automático. Su aire de príncipe, de personaje, lo intimida a uno. ¡Quién va a pensar en pagar estando con el Aga Khan! Gracias a ese miedo yo llego a ahorrarme como diez libras al mes. Más no podría gastar tampoco. Claro, a mí me gustan una barbaridad los sitios "chic" (¡a quién nó!) pero yo no tiraría mi plata en el Ritz, en Lansdowne o en Bagatelle. Iríamos a cines de barrio, a "pubs" y a caminar por Piccadilly. Pero cuando un "maître d'hôtel" se dobla en dos al vernos entrar como si Guy sería Alexander Korda, yo me ensancho por dentro: una cosquilla al ojo, que diría él.

Un día le dije en broma: "Tanta reverencia por haberte tenido de chico durmiendo un año y medio boca arriba sobre una tabla". (Para corregirle una escoliosis, según me contó él). "Sin eso no andarías así, tieso como el que se traga un palo de escoba; y si no andarías

así, no te confundirían con un magnate".

¡Uy, el director! Pronto, Annie, pásame esa carpeta. ¡Qué suerte que no mira para aquí!

¿Que cómo va la cosa? ¿Cuánto hace que no charlamos, quince días? Con razón me preguntaban. Ahora van a ver. ¿Les dije que me llamaba "asesina del condicional", muñequita de plástico, penique? ¿Sí? Bueno. Pero no les conté que él nunca me decía esas palabras de puro amor que nos gustó oír a nosotras. La semana pasada me le quejé. ¡Pajarito! Yo conocía varios Guy: el que se ríe tanto conmigo, el censor, el que está en todos los detalles, el idealista que huele a naftalina, el que, pese a sus gustos de gran señor, se conforma con cualquier cosa, y sobre todo, el que convierte cada encamada en una superproducción francesa. Pero este que oía ahora era distinto; este era un tipo sarcástico que yo había visto a veces salirle del fondo en las fiestas de la Embajada, sobre todo cuando estaba en copas y se sentía feliz. Entonces era cuando largaba las envenenadas más grandes. Por eso se me quedó tan grabado lo que dijo ese viernes

"¿Qué quieres ahora, deshacer la gran obra que estás haciendo conmigo?" me contestó. El principio era bien arrevesado, y el tono no podía ser más irónico, bien de hijo de su madre. "Sí; gran obra, gran obra; gracias a tí empiezo a tocar tierra".

"¿Qué me dice el Aha?" (mi sobrenombre para él). "¿En qué Fuerza Aérea estaba enrolado?" Para hacerlo reír y desarmarlo imité el acento mexicano, que me sale bastante bien. Pero él siguió hablando en serio. La cosa iba en serio; no había vuelta que darle.

"Fuerza Aérea, ninguna. Mi clase de cretinismo viene de muchos siglos antes de la aviación. Es el de los tipos que viven en las nubes. Yo he estado muy orgulloso de vivir en las nubes: y si no te hubiera conocido a tí, no habría intentado tampoco tocar tierra".

Otra vez rebajándose. Otra vez con sus "tácticas". ¿Quién como

lo va a entender? ;"Tocar tierra"! ¿Qué tenía que ver eso con mi pedido? Una palabra de amor de cuando en cuando; nada más natural. Palabras no son lo que le falta. Me hacía el amor como el que tiene un metejón fatal, y me sacaba y festejaba como si estaría loco por mí. ¿No era lógico esperar que también me diría cosas "sweet"?

"Sí si uno ha vivido siempre metido en el mismo juego de los demás; no si se resiste a entrar en ese juego" contestó. Yo seguía sin entender ni papa, pero por suerte él aclaró: "Me has enseñado una cosa muy grande: que hacer el amor, aún sin estar enamorado, es una salud, una salvación..." (Me pareció que había dicho también "una gracia"; debo haber oído mal). "Descubrimiento de Perogrullo que yo tengo a hacer a los 33 años. Y todavía se ha necesitado una gata tan bonita y transsensual como tú para ayudarme a hacerlo. Don Quijote ha naufragado". Sí, así mismito dijo: "ha naufragado"; y lo entenderá su abuela, porque lo que es yo... "Se necesitaba también el Támesis, Penny darling". (Aquí se paró un momento y pareció que aflojaba, pero no me dio tiempo a decirle que ese "darling" era precisamente una de las cosas tiernas que quería oírle). "No creas que no te estoy agradecido. Pero todavía no he salido del Capítulo I y todavía soy, como fui una vez en Buenos Aires, un nuevo rico del sexo. Para lo que tú pides, para esas dulces mentiras, todavía no estoy pronto".

Qué seriedad. Nunca lo había visto así. "Y aunque ahora sé" siguió "que sin estar enamorado se puede hacer el amor, yo, sin estar verdaderamente enamorado, no puedo decir palabras de amor. Las palabras tienen su magia; yo no puedo traicionarlas. Ni quiero" creo que agregó. Ya ven que se me ha quedado todito grabado en la cabeza, hasta la última coma. "Si después de esto, penique, sigues insistiendo, será porque quieres que me enamore de tí. It's only fair, isn't it? Pero ¿y si no soy capaz de enamorarme? ¿No es mejor dejar las

cosas como están? Tú eres fiel a tu filosofía..." (¡Qué sarcástico! ¡Como si yo tendría alguna filosofía!)"... y yo también lo soy ahora. Es lo razonable. Pero como los seres humanos somos de todo menos razonables, dime tú palabras de amor, cosas tiernas. ¿Por qué va a ser siempre el hombre el que lo haga todo? A lo mejor me contagio. A lo mejor de las palabras surge algo parecido a lo que tú pides. Y si no surge ¿qué? ¿No estamos bien así? Yo me divierto muchísimo contigo. Me divierto y gozo como un chivo sexualmente. Cuando pienso en todos los años que perdí esperando que volviera el amor y creyendo que sin amor no iba a haber loco!"

Era demasiado insistir ya. En ese momento me entró la sospecha de que este loco podría estar diciendo la verdad. La idea me dejó chata como una escupida. Si esa era la verdad, entonces, en el fondo me despreciaba. Le tenía más respeto a las palabras que a mí. ¡Ah, los intelectuales! ¡Qué mierda de gente! ¡Cuánta arrogancia, cuánto orgullo al cohete! Algo se me revolvió dentro. Pero luego pensé en Ahmed y Sacha y Nat y Roberto y Ives y Gregorio y Piero y Ary y... Nadie podía acusar a ninguno de ellos de intelectual, pero todos, también, estaban llenos de orgullo. Un orgullo infantil. Y nadie decía nada con la sinceridad con que lo decía Guy. Porque táctica o no táctica, en ese momento lo que dijo y ~~que me hirió y me dejó tan rabiosa, tan vencida,~~ parecía la verdad, tenía que serlo; a nadie se le habría ocurrido decir una cosa así. Por eso me hirió y me dejó tan rabiosa, tan vencida. Pero, como decía abuelita, la verdad adelgaza pero no quiebra, y aquí me tienen Vds.

Si entendí bien a aquel bicho raro que no quería aceptar los enjuagues y las componendas de todo el mundo, el amor es amor, vale decir un milagro; pero no se le puede llamar amor hasta que el milagro no se produzca. Y entonces ví que yo lo había arrastrado a nuestro amorío y que él me despreciaba por haberlo arrastrado, pe-

ro al mismo tiempo me estaba agradecido. ¿Se dan cuenta? Hijo de puta. Nunca ha habido nadie que me hiciera ver como él - sin darme conferencias ni nada, solamente siendo fiel a su "táctica" - el lío espantoso en que nos estamos metiendo siempre todos los que nos creemos hombres y mujeres completos porque de cuando en cuando nos dan ganas de acostarnos con alguien del sexo opuesto. Esta frase me salió redondita ¿eh? Algo saqué de frecuentar al fenómeno.

"Andate" le dije. "No entiendo todo lo que me decís, pero algo entra en este caletre que vos creés tan vacío. Andate con tus preciosas palabras. Se ve clarito que no sabés apreciar lo que es estar con una mujer como yo. Porque al último, ¿quién sos vos para despreciarme así, flaco de mierda?"

"Por favor" dijo él. "Eso tan lindo que ha habido entre nosotros no puede acabar en esta forma. Me dejé arrastrar por tus pestañas y ahora estoy colgando de ellas". (Y el muy odioso me hizo reír y todo; no me pude contener). "Yo pensaré siempre lo mejor de tí y te estaré agradecido siempre, siempre, te lo vuelvo a repetir".

"Hasta que sepas lo que digo de vos por ahí. Me la vas a pagar pero bien pagada. De mí no se ríe nadie. Al final se va a ver bien patente que el burro eras vos".

"No me cabe ninguna duda" me contestó. "Hay que ser fiel a uno mismo hasta el fin, y yo no lo he sido" (esta frase bárbara que se mandó la entendí todavía menos que las otras). Estaba cabreada, rabiosa, porque el tipo me hablaba, sí, pero casi no me miraba y tenía una cara de palo como sólo puede mantener Buster Keaton. Era como si no existiera yo, ni él tampoco.

Se puso los calzoncillos y, mientras se agachaba, le solté una patada en las bolas. Por el "ay" que pegó estoy segura de que le di por lo menos en una. Acabó de vestirse enseguida. Se fue sin mirarme más, sin decirme adiós ni nada. Un "gentleman" de "papier

mâché", pobre tipo. ¿Qué les parece la historia, eh? En el fondo no le gustan las mujeres. Sí, no le gustan, no le gustan. ¡Pretencioso! ¡Imbécil! ¡Impotente mental! ¿Qué se creerá?

Juro que todo lo que les he contado es la verdad absoluta, chicas. Si alguno de Vds. se lo encuentra alguna vez por ahí, ¡lagarto, lagarto, como dice la gibraltareña!